

Alonso Sánchez Baute

**LAS
FORMAS
DEL
ODIO**

Nueve columnas escritas por Alonso Sánchez Baute entre octubre de 2017 y enero de 2018, y publicadas en la Revista Semana y el diario El Heraldó conforman este pequeño libro-folleto, que se complementa con una introducción del autor y una presentación de Antonio Celia Martínez-Aparicio. ¿Qué podemos hacer, como ciudadanos, ante el discurso de odio que inunda todas las esferas de nuestra cultura? En estos textos explora las diferentes fibras que han contaminado nuestro tejido social y nos brinda reflexiones para desarmar a los violentos y a los intransigentes. Una lectura esencial para pensar la actualidad de Colombia.

Las columnas se refieren a distintas formas del odio: la misoginia, la homofobia, la aporofobia (término acuñado por Adela Cortina para referirse al odio hacia los pobres), el racismo, el narcisismo, y en general esas formas que van más allá de la incomodidad o incomprensión por el otro y que hacen que los seres humanos se sientan con el derecho de agredir a los demás, con el lenguaje o los actos, reclamando para sí mismos un supuesto derecho a la libre expresión.

Presentación

EL ODIO ES QUIZÁ LA PEOR CARA de la condición humana. Engendra violencia, violencia de toda clase, que nos tiene hastiados. Es el odio y sus parientes cercanos: el rencor y la venganza, los que nos ponen a insultarnos, a pelear y a matarnos. El que nos ha llevado a olvidar que podemos ser distintos sin agredirnos y que nuestro adversario no es nuestro enemigo.

Desterrar el odio, raíz de muchos de nuestros problemas, es un imperativo. Es lo que clama en este libro Alonso Sánchez Baute: el rechazo al odio en todas sus formas.

Fue a la salida del foro "Casa Grande Caribe" en noviembre de 2017, que se me acercó Alonso y me propuso la idea del presente libro. Acepté de inmediato con visible entusiasmo.

Creo que me escogió a mí para escribir estas líneas porque compartimos varias afinidades: nuestro apego a la democracia, a la libertad, a la amistad. Porque somos caribes en serio y porque rechazamos todos los fanatismos.

Además, mi aversión al odio es tal que hasta el uso de esa palabra la prohibí en mi casa desde que mis hijos estaban pequeños. Les enseñé otros términos más moderados para expresar sus rabias, desacuerdos y desagradados.

Mi repudio a toda manifestación de odio lo describe de manera magistral el paseo vallenato "El catedrático", que conocí gracias a mi querido amigo Darío Pavajeau Molina y

que canté en inolvidables parrandas con el gran Colacho Mendoza. Dice la canción:

*“Si tienes un enemigo,
destrúyelo con un abrazo,
porque vamos de paso,
porque vamos de paso
y llevamos el mismo camino”.*

Ese abrazo se volvió mi estandarte para ilustrar lo que entiendo por reconciliación.

Pocos tan calificados como Alonso Sánchez Baute para escribir contra el odio. Son muchos hechos los que atestiguan su condición de ser íntegro, tolerante, demócrata respetuoso, valiente y gran escritor, agrego yo.

En su primer éxito editorial *Al Diablo la Maldita Primavera* asume con determinación un tema siempre tabú: el universo discriminador de las minorías sexuales.

Lo hace con nitidez, buena índole y sobre todo con arrojo y valentía, en su buena prosa. Como si esto fuera poco, Sánchez Baute nos regala en el 2008 *Libranos del bien*, una de las obras más necesarias en el conflicto armado. Con maestría y sentido ético relata sus vivencias cercanas en torno a las vidas de Ricardo Palmera Pineda (alias Simón Trinidad, de las FARC) y Rodrigo Tovar Pupo (alias Jorge 40, de las AUC).

Sale más que airoso de esta difícil tarea de relatar pormenores de la vida de estos vallenatos raizales que terminaron, por sus circunstancias, metidos hasta los tuétanos en el escabroso mundo del odio y la violencia, que tan duro ha golpeado a este país. Es un libro formidable, sin juicios de valor, que debe ser de obligatoria lectura para quien se interese en conocer una parte importante de nuestro conflic-

to —que debemos ser todos— hoy, por fortuna ya terminado.

Estos breves ensayos me remiten a una muy sentida frase de Gandhi que todos deberíamos aplicar: “No dejes que muera el sol, sin que hayan muerto tus rencores”.

Antonio Celia Martínez-Aparicio



Odium

EN LA TELENOVELA DE RCN *La luz de mis ojos*, Mema es una alcahueta que malcrió tanto a sus hijos mellizos que hizo de ellos su mayor problema. Ella lo sabe pero, como si se dejara llevar por una fuerza irremediable del destino, lo sigue haciendo. De los dos, a Silvio lo tiene a menos porque es un chico tranquilo, respetuoso de las mujeres y quiere salir adelante honestamente con su trabajo. Para ella, eso es ser pendejón. Su preferido es Silvino, a quien adora porque es “fuerte”, es decir, un puñetero que todo lo vuelve conflicto, gritón, ladrón, matoneador, asesino y violador. Silvino es el prototipo del machote colombiano, pero a los ojos de su mamá es un chico exitoso: tiene carácter y no se deja de nadie. En el fondo ella sabe que es un bandido, pero lo defiende a capa y espada porque él es quien le da para vivir.

Desde el inicio de los tiempos el hombre siempre se ha cuestionado qué es más fuerte: la bondad o el odio. El odio es una emoción natural del homo sapiens, aunque se trate de una emoción negativa, como también lo son la tristeza, el miedo y el asco. Igual que estas otras, el odio puede ser justificado o no. Todo depende de las circunstancias, como siempre. Lo que siente el soldado contra el invasor a su país o el oprimido contra el tirano puede ser un combustible positivo. Lo que todos sentimos contra los violadores o los pedófilos puede ser también lo mismo, y en tal caso sería un odio sancionatorio. Pero, ¿qué sucede cuando el

odio dispara contra una persona por el color de la piel o por sus argumentos políticos?

Odio proviene del latín *odium* y se refería a una conducta o a una persona detestable; a alguien que generaba una profunda repulsión. El DRAE, que es árbitro, hoy lo define no obstante como “Antipatía y aversión hacia algo o hacia alguien cuyo mal se desea”. Esa es, por tanto, su nuez, lo que la separa de las otras emociones: el deseo de hacer el mal a una persona, a una colectividad o a una cosa. Hermann Hesse dijo en *Demian* que cuando alguien odia a otra persona realmente odia una parte de sí misma, de lo contrario ese otro no tendría por qué afectarlo. Es una emoción, por tanto, que hace daño por igual a quien la siente como al objeto de su odio.

Es curioso que la Iglesia no haya incluido el odio entre los pecados capitales, los cuales, como recordamos quienes estudiamos en colegios católicos, nacieron cuando la Iglesia quiso frenar la violencia y sanar los conflictos en la sociedad medieval. Ya luego se erigieron en su doctrina moral. Son: lujuria, avaricia, pereza, gula, envidia y rabia, a la que también llaman ira. Si el fin inicial era salvar a la sociedad de la violencia, ¿por qué no aparece el odio en su listado, si es quizá el mayor de los pecados por cuanto puede ser el étimo de otros pecados?

Algunos piensan que el odio podría ser la versión moderna del pecado de la ira. Sin embargo, la rabia no necesariamente conlleva la obsesión de hacer daño a alguien, además de que es fugaz y está normalmente motivada por el egoísmo. Volviendo a *La luz de mis ojos*, una amiga podría explicar mejor esto. Ella dice sobre los mellos que Silvio le parece un apilotardado y le dan ganas de zarandearlo a ver si se espabila. “De Silvino ni hablemos, que le tengo tanto pique que con solo verlo en la pantalla me dan ganas de estrangularlo”. El primero le produce rabia; el segundo, odio.

Ahora bien, ¿por qué de repente hablamos tanto de esta emoción, quizá como nunca se había hecho? Desde que Donald Trump la usó en su campaña política, el odio salió del clóset en EEUU y se ha extendido en Colombia también desde hace dos años, a propósito del Plebiscito por la Paz y ahora, en la contienda electoral, los cizañeros y los politiqueros se aterran a esta emoción para ganar adeptos. No esgrimen argumentos ni ideas; solo gritan y ofenden porque saben que basta un disparo emponzoñado para atraer la atención mediática.

Esto es lo que hace el odio: explota las emociones del ciudadano de a pie. Y uso por igual el verbo como detonante que como sinónimo de aprovecharse del otro para obtener una ventaja personal: el *hater* es ante todo un manipulador. El antónimo de odio, en tanto, no es amor, como comúnmente se piensa, sino empatía: la capacidad para identificarse con alguien y compartir sus emociones y preocupaciones. Una persona empática es, por lo general, una persona tolerante. Y si bien, no todas las personas intolerantes odian, todos los que odian son intolerantes.

¿Es el odio el principal problema de Colombia? No. Si así fuera, se solucionaría con terapias de grupo. En cambio sí es la gasolina de la violencia al estimular o facilitar la intolerancia; es un escollo que impide la solución civilizada de los problemas.

Los textos a continuación están inspirados en una serie de columnas que escribí entre octubre de 2017 y enero de 2018, y fueron publicadas sin interrupción cada lunes en el diario *El Herald*o y en la *Revista Semana*. Se originaron en la preocupación personal por el crecimiento del discurso del odio en el país, el cual promueve cada día más la agresividad y la intolerancia.



Los gregarios

ESCRIBÍ EN MI MURO DE TWITTER una frase irónica sobre el centralismo. La mayoría apeló al insulto como “argumento” de rechazo. Las redes sociales son democráticas, su esencia es la igualdad. Cualquiera puede acceder a la cuenta de un desconocido y tratarlo de tú a tú. Por desgracia, todo análisis, toda opinión o reflexión que se escribe en ellas, sin importar el tema, con frecuencia es recibido con impropios. ¿Por qué malgastar el tiempo en ofensas? Escriben con tres piedras en la mano y agreden con furia y con tal seguridad que, dada la magia de la palabra escrita, uno casi que alcanza a creer que lo que lee es cierto. ¿A esto se reduce esa igualdad?

Las redes sociales no solo están erosionando la democracia sino a la misma sociedad, a la forma como las personas se relacionan. Hay a quienes les cuesta entender que éstas son espacios públicos; que comentarios que deberían ser parte de entornos privados pasan, por esta vía, a ser de dominio de todos. Cuando no es con la palabra imprudente, entonces son el anonimato y el sentido de impunidad los usados para “desinhibirse” e insultar. Y hasta para amenazar...

Los seguidores desconocidos son quienes con más frecuencia incitan a la pelea. *Maskenfreiheit* es una palabra alemana que se refiere a la libertad que prestan las máscaras. Esta “libertad” es la que pretenden estos personajes que buscan audiencias diferentes a las de sus propios se-

guidores. Le hablan al dueño del muro, pero en realidad se dirigen a los seguidores de éste, gente con la que a él no le importa mostrarse agresivo, insultarlo o cazarle pelea.

Es increíble la seguridad con que se expresa el odio. Como si quien insulta conociera a su víctima mucho más de lo que ella se conoce a sí misma. O como si el odio, distinto del amor, del que uno siempre duda, no admitiera titubeos. "Odiar requiere de una certeza absoluta. De lo contrario no hablarían así, no harían tanto daño, no matarían de esa manera ni podrían humillar, despreciar ni atacar a otros de ese modo", afirma Carolin Emcke en su brillante ensayo *Contra el odio*, donde asegura que al que odia usualmente se le contesta con odio, pues se requiere mucho autocontrol para evitar ese contagio. En Colombia, incluso, los que hablan de paz usan la misma cizaña de los cizañeros.

Hace poco hicieron un experimento entre personas que votaron por Trump: les mostraron al tiempo una foto el día de su posesión como Presidente y otra de Obama el día de la suya. La del segundo se veía a todas luces abarrotada hasta las banderas, sin embargo la gran mayoría aseguró que en la de Trump había mucha más gente. Tenían la evidencia al frente, la prueba reina de que a Donald lo acompañó ese día menos gente que a Obama, pero sabían que reconocer ese hecho era aceptar su equivocación. Aquí sucede igual: por más evidencias, nadie cree en ellas porque la gente solo cree lo que quiere creer y se deja llevar fácilmente por el calor gregario, lo cual facilita el contagio del veneno del odio. En el país ha hecho carrera la idea de que "Si no dices las cosas exactamente como yo quiero oír las es porque estás en mi contra".



“¿Por qué malgastar el tiempo en ofensas?”

De esto se valen los que promueven la animadversión: en realidad, nadie está interesado en las evidencias. Como escribió James Baldwin, “Prefieren la invención porque la invención expresa y corrobora sus odios y sus miedos”. Quizá por eso, el odio ya no se enmascara ni se disimula. Por el contrario: se odia con descaro, lo que ha llevado a la idea de que “odiar está bien”: está de moda, es como un “derecho a la libre expresión”.

Hablo del odio colectivo, de ese que busca hacer daño o arrastrar a otros para sacar de él dividendos. ¿Qué tan real es, o qué tanto hay de manipulación en esa emoción que aparentemente se expresa desde las entrañas? ¿Entrañas? Me detengo en esta palabra porque hay la idea de que quien escupe con furia, y solo con furia, “tiene carácter”. Parece ser que la única manera de opinar es chillando la rabia, especialmente cuando ésta es fingida.

Varios de quienes han leído *Líbranos del bien* y celebran la neutralidad con que está escrito me preguntan si estoy del lado del guerrillero o del paramilitar. Como si la polarización fuera una obligación. Opinan que quien no toma partido con esa misma vehemencia es un pendejo porque necesitan justificarse el odio para validar su inseguridad. Por fortuna, hay gente que no se ha dejado contaminar.

El odio no viene en nuestros genes. En kínder somos amigos por igual del niño blanco, del negro, del indígena, del afeminado y del que usa kipá. Es un sentimiento que se

construye igual a como cada quien edifica su identidad. Muchos lo encementan a partir del de los demás. Son unos parásitos del odio: no tienen razones propias para sentirlo. Como aquellos que no tienen fincas, pero se alegran de haber podido volver a ellas.

A un amigo la guerrilla le mató a su marido hace siete años. Desde entonces rácate y rácate con el tema. No ha superado el duelo. Se lo dije hace unos meses: "Entiendo y comparto tu dolor. Soy solidario con tu dolor, pero no con tu odio". Sé que no tengo que odiar lo que él odia, ni tampoco permitir que alguien trate de convencerme de su religión de odio.

